

PRIMERAS JORNADAS NACIONALES DE HISTORIA SOCIAL
30, 31 de mayo y 1 de junio del 2007
La Falda - Córdoba

Mesa temática 3: Las condiciones materiales de vida (siglos XVI-XX)

Autor: Laura Leonor Cabrejas

Inserción Institucional: Universidad Nacional de Mar del Plata, Facultad de Humanidades, Grupo Sociedad y Estado. Investigadora.

Situación de revista: Investigadora.

Dirección particular: Padre José Cardiel 4117. Mar del Plata. E-mail: lalecab2003@yahoo.com.ar

Dirección Institucional: Facultad de Humanidades. Funes 3350. Cuerpo 4. Nivel 6. Acceso 3 Complejo Universitario. E-mail: humana@mdp.edu.ar

Título:

De la pulpería al almacén: pautas de consumo de los habitantes de la campaña bonaerense. Siglo XIX

Resumen:

La posibilidad de trabajar con otras fuentes documentales -inventarios y tasaciones de pulperías y almacenes -ha impulsado la investigación sobre el tema del consumo. Los inventarios y las tasaciones nos presentan un amplísimo universo de productos que nos permiten reconstruir las pautas de consumo y la cultura material de los pobladores rurales tomando en cuenta -para esta ponencia- la vestimenta, el calzado, los artículos de limpieza y tocador, las herramientas u otros bienes menos usuales. No consideramos los artículos de subsistencia es decir los alimentos y bebidas, rubros analizados en otros trabajos.

El estudio del consumo y la cultura material de una población nos impone trabajar con un extenso lapso temporal. Dentro de este período tomamos a las décadas de 1840 y 1860 con punto de inflexión en cuanto a los cambios en los hábitos de consumo de los habitantes (dado por el ingreso de productos europeos) como así también a las pautas y configuraciones de los mismos comercios minoristas.

Esta ponencia es de carácter exploratorio y en ella se pretende explicar las razones por las cuales la gente adquiere bienes e identificar las consecuencias de estas adquisiciones. Pretendemos seguir ofreciendo una nueva visión sobre el estilo de vida del poblador rural analizando el consumo, sus gustos y preferencias, y al mismo tiempo

haciendo un seguimiento de los cambios y las continuidades trataremos de redefinir el comercio al menudeo en la campaña bonaerense.

De la pulpería al almacén: pautas de consumo de los habitantes de la campaña bonaerense. Siglo XIX

Introducción

La historia de la pulpería en el mundo rural ha hundido sus raíces en la literatura costumbrista inspirada en las memorias y relatos de viajeros¹. Durante mucho tiempo fue una de las fuentes más importantes en la historiografía rioplatense, reproduciendo una imagen estereotipada de la campaña, reflejando también prejuicios raciales o de clase.²

Sin lugar a dudas la utilización de nuevas fuentes reavivó el interés por los estudios históricos acerca del ámbito rural planteando nuevos temas, problemáticas y perspectivas, siendo el comercio uno de los más abordados.

Para el período posrevolucionario la historia económica ha investigado sobre los flujos mercantiles y comerciales entre las diferentes regiones y provincias, descifrando el funcionamiento de los circuitos económicos internos³. Al mismo tiempo se ha ido avanzando en el conocimiento del comercio minorista tanto para la ciudad de Buenos

¹ Jorge Bossio, *Historia de las pulperías*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1970, Ricardo Rodríguez Molas, *Historia Social del gaucho*, Buenos Aires, Editorial Maru, 1968 y Richard Slatta, "Pulperías and contrabans. Capitalism in Nineteenth century, Buenos Aires Province", en: *The Americas*, XXXVIII, febrero 1982. Bossio se dedica a la pulpería rural pero no logra desprenderse del trazo mitológico creado por la literatura gauchesca. Para Rodríguez Molas la imagen de la pulpería sigue siendo crítica y desfavorable. En Slatta la pulpería es una taberna que además expende un número limitado de productos, y el pulpero aparece como un negociante inescrupuloso y andrajoso que no desentona con su local y está relacionado al mundo rural como socio de los cuatros.

² Fernández Bravo, Álvaro, *Literatura y frontera, procesos de territorialización en las culturas argentinas y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994, p. 32. Para profundizar este tema véase: Prieto, Adolfo, *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina 1820-1859*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

³ Véase Irigoin, María Alejandra y Schmit, Roberto (ed.), *La desintegración de la economía colonial. Comercio y moneda en el interior del espacio colonial (1800-1860)*, Biblos, Buenos Aires, 2003; Rosal, Miguel Angel, "El interior frente a Buenos Aires. Flujos comerciales e integración económica (1831-1850)", en: *Cuadernos del Instituto de Historia Argentina y Americana "Dr. Emilio Ravignani"* 9, Buenos Aires, 1995; Schmit, Roberto, "El comercio y las finanzas públicas en los Estados provinciales", en: Goldman, Noemí (dir.), *Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Nueva Historia Argentina, Buenos Aires, Sudamericana, 1998; Assadourian, Carlos S. y Palomeque, Silvia, "Importaciones de productos de Castilla. Europeos en Córdoba (1800-1819)" en: *Andes, Antropología e Historia*, 12, Universidad Nacional de Salta, 2001.

Aires como para su campaña⁴. El comercio al menudeo ha sido analizado tanto desde el punto de vista comercial –la pulpería como centro de abastecimiento de alimentos, bebidas, vestimenta, herramientas y demás efectos para los sectores medios y bajos– como desde el punto de vista social, es decir como centro de reunión de los habitantes del lugar.

El estudio del comercio minorista nos ha llevado a analizar el consumo y la cultura material en el ámbito rural –tema poco tratado hasta hace poco tiempo⁵. La posibilidad de trabajar con otras fuentes documentales – inventarios y tasaciones de pulperías y almacenes- nos ha permitido afirmar en trabajos anteriores, que los productos hallados en los comercios minoristas de la campaña resultan de una notoria variedad permitiéndonos cambiar un poco la imagen arquetípica de estos negocios y de sus clientes. Sabemos que los artículos superan al consumo de subsistencia y reflejan una sociedad con muchas necesidades y no pocas exigencias.

Los inventarios nos presentan un amplísimo universo de productos que nos permiten reconstruir las pautas de consumo y la cultura material de los pobladores rurales tomando en cuenta –para esta ponencia- la vestimenta, las telas, el calzado y los artículos de tocador. No consideramos los artículos de subsistencia, es decir alimentos y bebidas, rubros analizados en otros trabajos. La muestra consta de 60 documentos (desde 1787 hasta 1870) Son inventarios y tasaciones realizados en su mayoría para ser incluidos en las sucesiones y partición de bienes de negocios identificados como “pulperías”, “tiendas”, “almacenes” o “casas de negocio”.

Este tipo de estudios nos impone trabajar con un extenso lapso temporal. Dentro de este período tomamos a las décadas de 1850 y 1860 como punto de inflexión en cuanto a los cambios en los hábitos de consumo dado por la inundación de productos europeos, como así también a las pautas y configuraciones de los mismos comercios

⁴ Mayo, Carlos (dir.), *Pulperos y pulperías de Buenos Aires (1740-1830)*, Mar del Plata, Universidad Nacional de Mar del Plata, 1996 y Mayo, Carlos (ed.), *Vivir en la frontera; la casa, la dieta, la pulpería, la escuela (1770- 1870)*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

⁵ La problemática del consumo ha sido tratada en Europa y Estados Unidos por otras disciplinas como la sociología y la antropología. Para Mesoamérica y la región andina es interesante el trabajo de Bauer, A. J. “La cultura material” en: Carmagnani, Marcelo, Hernández Chavez, Alicia, Romano, Ruggiero (coord.), *Para una historia de América I. Las estructuras*, Fondo de Cultura Económica, México, 1999. Para nuestro ámbito rural son importantes los trabajos de Rocchi, Fernando; “Consumir es un placer: La industria y la expansión de la demanda en Buenos Aires a la vuelta del siglo pasado” en: *Desarrollo económico*, vol. 37, N° 148, 1998; Mayo Carlos “La frontera; cotidianidad, vida privada e identidad” y Garavaglia, Juan Carlos, “Ambitos, vínculos y cuerpos. La campaña bonaerense de vieja colonización” (ambos trabajos) en: Devoto, F. y Madero M. (comp.), *Historia de la vida privada en la Argentina. País antiguo. De la colonia a 1870*. Buenos Aires, Taurus, 1999.

minoristas. El ingreso de los productos extranjeros alcanza el clímax en el último tercio del siglo XIX.

Esta ponencia es de carácter exploratorio y en ella se pretende analizar las pautas de consumo explicando las razones por las cuales la gente adquiere determinados bienes e identificando las consecuencias de estas adquisiciones. Pretendemos seguir ofreciendo una nueva visión sobre el estilo de vida del poblador rural analizando el consumo, sus gustos y preferencias, y al mismo tiempo haciendo un seguimiento de los cambios y las continuidades trataremos de redefinir el comercio al menudeo en la campaña bonaerense.

La ropa y los modos de vestir

Comida, vestido y vivienda podrían constituir las necesidades o “deseos” básicos de la existencia humana, y es a partir del análisis de ellos que se pueden definir las pautas de consumo de un grupo humano⁶. Para trabajar el tema del consumo no sólo observamos los cambios y las continuidades que se producen a lo largo de casi un siglo, sino también intentamos descifrar las razones por las cuales la gente adquiere ciertos productos y las consecuencias de esas compras. Veremos si el habitante de la campaña bonaerense obtiene bienes sólo porque le son “útiles”, porque con el tiempo va teniendo otros ingresos o porque además tiene otro tipo de motivación.

El vestido siempre fue un medio para que el individuo se identificara socialmente. Además de la significación social se puede relacionar a la indumentaria con las prácticas culturales o las estrategias económicas. Lo cierto es que a partir de la vestimenta nos formamos la primera impresión de nuestros semejantes. La ropa nos revela a través de la forma, el color, los materiales, la confección y la función, la condición social, los gustos, las posibilidades y las actitudes de quién la luce.

Casi desde el inicio del régimen español en América, las telas y la vestimenta se convirtieron en un asunto cultural. Los mestizos, en general, se distinguían por usar telas más baratas que la de los criollos o españoles, pero se esforzaban por medio de encajes o adornos de plata y oro, acercarse a los estilos españoles⁷.

Para fines del siglo XVIII, con el desarrollo del puerto de Buenos Aires y el reordenamiento de las rutas comerciales, comenzaron a ingresar textiles importados

⁶ Véase a Appadurai, Arjun, *La vida social de las cosas, Perspectiva cultural de las mercancías*, México Grijalbo, 1991.

venidos de España e incluso de Italia y Holanda, como parte de un proceso industrial mayor que abarcaría todo el siglo siguiente proveyendo al mercado de telas de mejor calidad y precios más bajos. El comercio textil quedó segmentado, por un lado un mercado pequeño para los textiles de lujo que provenían de Europa, por el otro la producción doméstica que satisfacía las necesidades locales de los habitantes con pocos ingresos. Los cambios son lentos por eso tenemos que recorrer todo un siglo para poder apreciarlos.

Después de 1810 comenzaron a aparecer en la ciudad de Buenos Aires muchos negocios dedicados a la venta de ropa. Las pulperías aumentaron la cantidad de prendas a la venta compitiendo con los negocios céntricos⁸. Esta situación también se puede apreciar en las pulperías de la campaña bonaerense. En 42 sucesiones -de nuestra muestra de 60- fueron tasadas ropas y artículos de vestir, llamando la atención la cantidad y calidad de estos productos.

Pero ¿cómo vestía el hombre de campo? ¿Cómo evolucionó su indumentaria? En la época colonial la vestimenta del pequeño estanciero y de sus peones era muy sencilla. Se cubrían el cuerpo con camisas, calzones, ponchos y calzaban botas de potro. Todavía en 1811 el gran estanciero y criador de mulas Candiotti fue visto por un viajero inglés calzando botas de potro.⁹

“El poncho es la única pieza de ropa que (los paisanos) siempre se quitan; quienes poseen uno lo utilizan para cubrirse de noche cuando se acuestan”. “La gente de campo de todas las clases sociales usa siempre en todo tiempo esta prenda tanto en casa, como fuera, así a pie como a caballo”. De esta manera los viajeros describen al poncho, devenido no sólo en prenda de vestir sino también en cabalgadura, frazada de noche y defensa de su dueño, como escudo ante el enfrentamiento con cuchillos.¹⁰

Iniciamos nuestro trabajo estudiando al poncho ya que fue, es y será la prenda más distintiva de la indumentaria rioplatense.

⁷ Bauer, Arnold J., *Somos lo que compramos, Historia de la cultura material en América Latina*, México, Taurus, 2002, p. 155.

⁸ Carretero, Andrés, *Vida cotidiana en Buenos Aires. I Desde la revolución de Mayo hasta la organización nacional (1810-1864)*, Buenos Aires, Planeta, 2000, p. 81.

⁹ El viajero inglés fue G.P. Robertson en su libro: *La Argentina en la época de la revolución*, Buenos Aires, Emecé, 1950, p. 115.

¹⁰ La primera cita corresponde al funcionario y viajero español Francisco Millau y Maraval quien publicó sus observaciones en el libro *Descripción de las provincias del Río de la Plata, Buenos Aires - México*, 1947, pp. 44-45. La segunda es del experto en minas John Miers, *Viaje al Plata (1819-1824)*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968.

Las denominaciones con las cuales el poncho fue inventariado varían según la zona de procedencia y el material empleado en su confección. Así tenemos el poncho ordinario o poncho “pampa” fabricado con gruesa lana de ovejas. Los de hilo o algodón y hasta se vendían unos ponchos pequeños de verano que cubrían hasta la cintura llamados “calamacos”. Se tasaron otros tipos de ponchos como el denominado “balandrán”, que sobrepasaba las rodillas, llamado así por la semejanza con la “balandrana”, vestimenta que solían usar los religiosos, y además el poncho de bayeta de lana floja y poco tupida.

Las provincias de Santiago del Estero, Córdoba, Catamarca y San Luis proveyeron con sus rústicos telares el material para la confección de estas prendas. También lo hicieron los indios pampas “cuyos tejidos se colocaban en los mercados coloniales y continuaron haciéndose presente en todos los mercados regionales hasta fines del siglo XVIII”.¹¹

Después de la revolución, las telas de algodón y de lana ingresan al mercado porteño, y pese a la legislación proteccionista de 1836 “los ponchos ingleses abundan cada vez más pero junto con ellos siguen encontrándose ponchos calamacos y pampas; tampoco para el resto de la vestimenta el predominio de la jerga inglesa parece demasiado evidente”.¹² Lo aseverado por Halperin Donghi se verifica con los inventarios de los negocios rurales. Hacia 1848, Rafael Brocksopp en Saladillo vendía el poncho común blanco a \$ 32 y el poncho inglés a \$ 47¹³. En un principio el poncho inglés no es más barato que el poncho común, pero el comerciante lo ofrece por otros motivos que no son los estrictamente económicos, podemos suponer que un rico estanciero –por status– querrá lucir un poncho importado. En 1854, el poncho calamaco vale \$ 15 mientras que el poncho inglés de algodón sale \$ 28 y el común entre \$ 40 y \$45.¹⁴ Avanzamos unos años, en 1859, el poncho de paño con forro de bayeta es tasado en \$160 y el poncho patrio (de bayeta azul y forro colorado) en \$100, mientras que el poncho inglés con flecos, en Bragado, sale \$ 60 cada uno.¹⁵ Hacia 1870 la diferencia se

¹¹ Gelman, Jorge, “El mundo rural en transición” en: Goldman, Noemí (dir.) *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999, p. 77.

¹² Halperin Donghi, Tulio, *Revolución y guerra*, México, Siglo XXI, 1979, p.102.

¹³ A.G.N. Liquidación de la sociedad entre Rafael Brocksopp y su hermana Ana Byrne, Legajo N° 3941, Saladillo, 1848.

¹⁴ A.G.N. Legajo N° 5708. Inventario y tasación de la tienda de don Juan Ferrer, Exaltación de la Cruz, 1854; A.G.N. Legajo N° 5412. Inventario y tasación de don José Diz, Magdalena, 1855; A.G.N. Legajo N° 3950. Inventario de la tienda y almacén de doña Ana Byrne, Saladillo, 1855.

¹⁵ A.G.N. Legajo N° 3522. Balance e inventario de la pulpería de don Manuel Arruda, Lobería, 1859; A.G.N. Legajo N° 3522. Inventario del negocio de Sabas Aspiazu, Bragado, 1859.

hace más notoria, en un mismo negocio el poncho inglés de algodón es tasado en \$ 18, el de vicuña –suave e impermeable– a \$ 47, el imitación vicuña \$ 85, y nuevamente el poncho de paño con forro de bayeta se podía comprar a \$ 300 cada uno. En Balcarce, al pulpero Víctor Carrasco le tasaron los ponchos comunes a \$ 110.¹⁶

Para reconstruir la vestimenta de la época de Rosas recurrimos a los partes de milicia de los fuertes fronterizos, que contienen información detallada de la ropa y la apariencia general de los sujetos que eran tomados prisioneros por diversas causas. De los 44 detenidos en el fuerte de San Serapio Mártir del Arroyo Azul, según lo informado por el comandante Pedro Rosas y Belgrano, 10 lucían ponchos ingleses, 9 tenían ponchos “pampa”, 5 lucían “calamacos” y 4 peones llevaban puesto ponchos de paño. Diez años después, otro informe de varios fuertes aclaraba que de los 58 detenidos, 27 portaban ponchos de apala, 15 de paño y sólo 8 lucían ponchos ingleses.¹⁷ Como vemos el poncho inglés todavía no ha desplazado al de confección local.

A medida que avanzamos por el siglo XIX, notaremos que la indumentaria del hombre de campo conoció algunos cambios importantes. El calzón es reemplazado por el chiripá indio.¹⁸ Debajo del chiripá se usaban los calzoncillos -de bramante o de lienzo- que rara vez eran cribados. Podemos suponer que las cribas o flecos eran agregados al calzoncillo como un adorno¹⁹ para lucirlo en acontecimientos especiales. En 15 comercios fueron tasados bajo de la denominación de “flecos para calzoncillo”. Tanto el calzón como el chiripá se sujetaba a la cintura con un ceñidor (cinta de aproximadamente diez centímetros de ancho) de seda con flecos o borlas en los extremos o faja de lana tejida en telar. Sobre la faja iba, a veces un cinto propiamente dicho llamado tirador confeccionado con tela (seda o terciopelo) o cuero fino (tafilete). Todo este era acompañado por la camisa y encima de ella el armador o chaleco de pañete, una chaqueta, chupa o chamarra.

Chiripá y calzoncillo serán reemplazados por la bombacha, prenda introducida por los inmigrantes hacia fines de siglo XIX. También se impondrán los pantalones de

¹⁶ A.G.N. Legajo N° 7303. Balance e inventario del negocio “La Seca” de Antonio Olivera, Rauch, 1870; A.G.N. Legajo N° 4998. Inventario de la tienda de don Víctor Carrasco, Balcarce, 1870.

¹⁷ A.G.N. Partes de Milicia. Fuerte de San Serapio Mártir del Arroyo Azul, 1840 y Fuertes de Chapaleofü, Pillahuincó. Indio Rico y Las Heras, 1850.

¹⁸ En la lengua quechua, “chiri – pac”, significa “para el frío”. El chiripá es descrito como un lienzo flojo – similar a un pañal – que iba entre las piernas sujeto a la cintura, ideal para andar a caballo.

¹⁹ En 1864, se tasaron 5 piezas de criba a \$ 15 la pieza y en 1865m 40 varas de “cribas para calzoncillos” a \$ 21 la vara. AG.N. Legajo 4931. Balance de la tienda de doña Martínez de Cuel. Las Flores, 1864; A.G.N. Legajo 4937. Inventario del negocio mercantil de Francisco Cabral, Saladillo, 1865.

bayetón, casimir o cordero y como los ofrecidos por Víctor Carrasco en su pulpería de Balcarce.

Pero es de destacar que el artículo de vestir más hallado fue el pañuelo. En 40 sucesiones fueron tasados pañuelos de diferentes telas y confección. De algodón, tartán, cambray, espumilla, gasilla o borra de seda. Pañuelos de India, del Tibet o de Pekín. De diferentes tamaño y usos (de mano, de cuello o “pescuezo”, o para la nariz), pintados o bordados; de variados colores, blancos, punzoés y los infaltables “pañuelos de luto”. La mayoría de rebozo, midiendo dos varas y media de largo por una de ancho que se empleaba del mismo modo que una mantilla cubriendo la cabeza y el cuello, cayendo sus extremos sobre el pecho. Para sostenerlo no se colocaban broches ni alfileres. El hombre de campo solía llevar un pañuelo de algodón, generalmente blanco o colorado, atado al cuello con las puntas sueltas o también colocado sobre la cabeza, atado en la nuca a la “marinera” o “corsaria” o anudado bajo el mentón -“serenero”- siempre debajo del sombrero, o como vincha para sujetar el pelo largo.

Si comparamos los precios, en 1850 el pañuelo de medio rebozo de la tierra era tasado en \$ 4 mientras que el mismo pañuelo pero “del Tibet” valía \$18.²⁰ Hacia 1870, los pañuelos de seda de la India eran tasados en \$ 33 y \$34 cada uno, mientras que el de hilo ascendía a \$90.²¹ Parecería que los productos ingleses se imponen por ser más económicos, pero los comerciantes siguen ofreciendo en menor cantidad los de producción local. Por ejemplo don Juan Bautista Achiari tenía 22 pañuelos de hilo blanco y 17 de seda de la India; mientras que en la pulpería de Olivera se tasaron 5 pañuelos de Pekín de luto, 2 pañuelos de hilo blanco, 7 pañuelos de cochinilla a \$ 44 cada uno y sólo un pañuelo punzó de la India.

También observamos en nuestra muestra, la gran cantidad de sombreros realizados en cuero de castor, paño o felpa, palma y los más sofisticados de “paja de Italia”. En los partes de milicia del rosismo se hacen distinciones entre los presos por cómo lucen sus cabezas; por ejemplo, los indios están “en cabeza”, es decir llevan sus cabellos al viento, mientras que los peones y jornaleros llevan “pañuelos atados”, “gorras de panza de burro” o “sombreros de paja”. En general, todos los paisanos llevan

²⁰ A.G.N. Legajo 3944. Inventario y tasación del negocio de don Zacarías Bedua. Fuerte 25 de Mayo, 1851.

²¹ A.G.N. Legajo 4011. Inventario y tasación de la tienda y almacén de don Antonio Begerestain. Pila, 1868; A.G.N. Legajo 3563. Inventario del negocio de don Juan Bautista Achiari, Salto, 1868; A.G.N. Legajo 7303. Inventario del almacén y tienda “La media luna” de don Antonio Olivera, Necochea, 1870.

siempre la cabeza cubierta. Entre los estancieros es más común que aparezcan con “gorras de paño azul o punzó” y las gorretas.

Otros artículos que forman parte de la montura del caballo del hombre de campo y que fueron tasados en varias pulperías son las jergas y los cojinillos.²² En la pulpería de José Baliero se vendían jergas inglesas de lana a \$ 55 cada una, mientras que las cordobesas se podían obtener a sólo \$ 6 por unidad. En el momento de efectuar el inventario, en 1850 había en stock sólo 4 jergas inglesas frente a las 27 cordobesas.²³ En 1854 la jerga cordobesa era tasada en \$ 15, la arribeña en \$ 25 y la inglesa en \$ 42.²⁴ Hacia 1870 la jerga inglesa valía \$29 y la imitación pampa \$ 150.²⁵ El análisis de la cantidad de prendas que fueron tasadas en el momento de confeccionar el inventario es subjetivo, sólo podemos confirmar la presencia y por consiguiente la oferta de ambos productos: los ingleses y los de manufactura local.

La ausencia de prendas femeninas en los inventarios nos advierte sobre la confección casera de las mismas, verificada por otro lado con la gran variedad de telas y accesorios como agujas, alfileres, botones, broches, cintas, puntillas y tijeras, ofrecidos por estos negocios, devenidos en mercerías rurales. A partir de 1850 aproximadamente aparecen artículos definitivamente femeninos como “medias de algodón de mujer”, “guantes de seda o de cabretilla de señora”, boas, mantillas y chales. Nos sorprendemos ante la presencia de corsés, finos abanicos y voluminosos miriñaques, que no abundan pero tampoco son ignorados. En 1868, en Salto fueron tasados en el negocio de Juan Bautista Achiari 9 abanicos de hueso, 2 boas de felpilla, 3 corsés y 74 miriñaques.²⁶

En general la ropa de las mujeres era muy sencilla: polleras, camisas y rebozos de telas baratas como la bayeta, el camellón o la angaripola. Las telas más solicitadas en la campaña bonaerense fueron la zaraza- tela ordinaria de algodón muy ancha y fina-, la bayeta y el bayetón, que eran telas de lana, la primera poco tupida y la segunda de mucho pelo, también el bramante - de hilo grueso-, el paño de color azul o punzó con el que se confeccionaron los uniformes militares, y los sofisticados terciopelo, damasco y

²² Jerga y cojinillo; telas gruesas colocadas sobre el animal para ofrecer mayor blandura al jinete. Muchas veces eran usadas como colchón.

²³ A.G.N. Legajo 3943. Inventario y tasación de bienes de don José Baliero, Guardia de Luján, 1850.

²⁴ A.G.N. Legajo 5708. Inventario de Juan Ferrer, Exaltación de la Cruz, 1854; A.G.N. Legajo 5412. Inventario y tasación de la pulpería, ferretería y negocio de don José Diz, Magdalena, 1855.

²⁵ A.G.N. Legajo 7303. Inventario de don Antonio Olivera, Rauch, 1870; A.G.N. Legajo 4011. Inventario y tasación de la tienda y almacén de don Antonio Beguerestain, Pila, 1868.

²⁶ A.G.N. Legajo 3563. Inventario de don Juan Bautista Achiari, Salto, 1868. Se llamaba miriñaque a la tela rígida o almidonada que, a veces, con un armazón metálico se llevaba bajo las faldas para darles vuelo.

la seda. Otras telas que figuran en los inventarios son el brin, el calamaco, el casimir, la espumilla, la franela, el lienzo, el “pequín”, el percal y el tartán.²⁷ En 37 sucesiones fueron tasadas telas.

Los colores que predominaban en las telas eran el azul, celeste, blanco, rojo, encarnado, morado o el punzó rosista. Las lanas eran teñidas con distintas materias vegetales, animales o productos inorgánicos.

Hacia mitad de siglo aparecen en algunos inventarios artículos de vestir para niños como calzones de niña, gorritas y guantes, medias y ponchos, trajecitos y unos pequeños escaarpines. Podríamos decir que las mujeres y los niños comienzan a aparecer tímidamente en el mercado consumidor de la campaña.

Dime cómo te calzas y te diré quién eres

Mariquita Sánchez de Thompson fue, quizás, la primera en distinguir, a través del calzado a la gente pudiente de aquella que no tenía medios.²⁸ De la lectura de los partes de milicia y los inventarios personales nos permitimos hacer una distinción de grupos sociales a través del calzado. Los indios, jornaleros o peones de estancia podían estar “descalzos” o bien usar “botas de potro”. Este tipo de calzado, de confección casera, ha sido profusamente nombrado y descrito por la mayoría de los viajeros, tanto por su utilidad como por su originalidad. Así las describió John Beaumont:

“Los habitantes de la campaña hacen también botas de potro con las patas traseras de los potrillos, cortando éstas en redondo a la mitad del muslo y también a unas nueve pulgadas sobre el menudillo; después de ese corte sacan el cuero. La parte superior forma la caña de la bota; el corvejón forma el talón y el resto cubre el pie, aunque con un agujero en la punta por donde asoma el dedo mayor del mismo pie”.²⁹

Este tipo de bota que dejaba libres los dedos era ideal para montar al caballo. Según Slatta, cuando el ganado cimarrón empezó a escasear, los estancieros comenzaron a oponerse al uso de las botas de potro. A pesar de ello las hemos

²⁷ Brin: Tela ordinaria y gruesa de lino; calamaco: tela de lana delgada y angosta, casimir o cachemir, tela tejida con pelo de cabra de Cachemira, región del Tibet; damasco: tela de seda con dibujos formados con el mismo tejido; espumilla: tejido delicado a modo de crespón, franela: tejido de lana o algodón con pelusa an ambas caras; lienzo: tela de algodón, cáñamo o lino; Pequín: tela de seda, parecida a la sarga y que se traía de la China; percal: tela de lana con cuadros y listas cruzadas de diferentes colores.

²⁸ Sánchez, Mariquita, *Recuerdos del Buenos Aires virreinal*, Buenos Aires, Emecé, 1962.

²⁹ Beaumont, John, *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*, Buenos Aires, Ateneo, 1935, p. 83.

encontrado inventariadas hasta 1848. En el negocio de Rafael Brocksopp en Saladillo se inventariaron 13 pares de botas de potro.³⁰

En los partes de milicia de los campamentos de Pillahuincó del año 1850 se identificaba a los peones de campo con la denominación de “hombre de bota de potro”. Los estancieros, el comerciante español y el sastre que también habían caído prisioneros por distintos delitos, son identificados como “hombre de botas fuertes”. Otros adminículos revelaban también las diferencias de status. Los gauchos usaban espuelas de hierro, los hacendados ricos, en cambio, llevaban espuelas de plata, rebenque con empuñadura de plata y su tirador lucía onzas de oro.

En 31 inventarios de negocios rurales fueron tasados calzados. Llama la atención que predominen los zapatos, sobre las botas o los botines. El calzado era, por lo general de cuero de becerro, diferenciándose el cosido del “claveteado” y distinguiéndose, por ser de mejor confección el zapato o la bota que además de estar clavado era cosida. Diferimos de Carretero cuando asegura que el calzado masculino se “pulía con el uso, pues no se conocían las pomadas lustradoras”.³¹ No sólo que en la campaña se vendían botas o botines de charol (cuero barnizado) o de “tafilete” (cuero delgado, bruñido y lustroso) sino que en seis documentos sucesorios se han inventariado tarros de betún.³²

Las botas de potro fueron reemplazadas por las alpargatas traídas por los vascos españoles o franceses. En 1857 ya tenemos tasadas en el negocio de Manuel Arrieta de Dolores 10 pares de alpargatas.³³ Mientras que la docena de alpargatas es valuada entre 40 y 50 pesos, la bota corta de becerro sale \$ 85 y la de becerro para chicos \$ 75 el par.³⁴

También volvemos a encontrar como ocurría con la ropa, la presencia de artículos como botines o zapatos que son específicamente para señoras y para niños. Este detalle nos indica que las mujeres y los niños comienzan a ser considerados en el mercado consumidor al igual que el hombre.

³⁰ A.G.N. Legajo N° 3941. Inventario de Rafael Brocksopp, Saladillo, 1848.

³¹ Carretero, Andrés, op. cit., p. 76.

³² Cajas con tarros de betún fueron encontrados en los siguientes inventarios: A.G.N. Sucesión N° 3943, Baliero, José, Guardia de Luján. 1850; N° 3563 Achiari, Juan Bautista, Salto, 1868; N° 4011, Beguerestain, Antonio, Pila, 1868; N° 5414, Díaz, Catalina, Bahía Blanca, 1859; N° 7303, Olivera, Antonio (dos negocios La Seca en Rauch y La media luna en Necochea) (1850/52); N° 1962, Sierra, Manuel, Tandil, 1851.

³³ A.G.N. Legajo N° 3518 Inventario de la pulpería de don Manuel Arrieta, Dolores, 1857.

³⁴ A.G.N. Legajo N° 3563, Inventario de Juan Bautista Achiari, Salto, 1868; A.G.N. Legajo N° 4998. Inventario de la tienda de Víctor Carrasco, Balcarce, 1870.

Perfumes y aceites

El tema de la falta de higiene de los habitantes de la campaña fue común en todos los relatos de viajeros, es especial el de los ingleses que siempre habían mantenido un juicio implacable “sobre la extrema suciedad personal de los españoles y su poca afición a las abluciones de cualquier tipo”.³⁵ John Miers narraba en 1819:

“Es tal la suciedad de esta gente que ninguno de ellos ha pensado en lavarse la cara alguna vez y muy pocos lavan o componen sus ropas una vez que se las ponen, las conservan en uso día y noche hasta que se rompen”.³⁶

Otra opinión parecida era la ofrecida unos años después por Samuel Arnold cuando afirmaba que: “Las mujeres de las pampas son casi todas bonitas, muy fáciles y generalmente sucias”.³⁷

Sin negar la porción de verdad de estos juicios, nos sorprende que en los inventarios de los comercios de campaña se encuentren tantos artículos de tocador. Ya en 1787 se hallaron a la venta jabones de olor como los que ofrecía Manuel Rodríguez en su pulpería de Chascomús. Para 1837 los frasquitos de agua de colonia eran tasados en Patagones.³⁸

Para valorar la importancia de los perfumes y aceites entre los habitantes rurales, aseguramos que se encontraron artículos de tocador en 48 inventarios. Destacamos la cantidad y variedad de jabones -amarillos, blancos y negros-; el agua de olor o colonia, peines, cepillos (para la barba o para las uñas), hebillas, horquillas y peinetas para el pelo.

Para la década del cincuenta aparecen los aceites como el de “almendras”, “de olor” o “para el pelo”, además del aceite de castor. El aceite de castor tenía muchos usos: era un buen linimento para los dolores articulares, musculares o torceduras; se tomaba como purgante y depurativo sólo dos veces al año, coincidiendo con los cambios de estación, al comienzo del otoño y de la primavera, y también para

³⁵ Porro, N. Astiz, J. Y Rospide, M. *Aspectos de la vida cotidiana en el Buenos Aires virreinal*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1982, p. 80.

³⁶ Miers, John, *Viaje al Plata 1819-1824*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968, p. 101. Miers inició en Buenos Aires en 1819 un viaje de reconocimiento cuyo destino final, Chile, implicaba el recorrido de la extensa llanura que separa el puerto de arribo de la cordillera de los Andes y aunque el objetivo del viaje era el de evaluar las posibilidades de explotación minera en Chile, el viajero llevó un minucioso registro de todo lo observado.

³⁷ Arnold, Samuel, *Viaje por América del Sur, 1847-1848*, Buenos Aires, Emecé, 1951, p. 200.

³⁸ A.G.N. Div. Col. Trib. Sala IX – 42 – 1 - 7. Inventario de pulpería de Manuel Rodríguez, Chascomús, 1787; AG.N. Legajo 4859. Inventario y tasación de bienes de José Crouthén. Carmen de Patagones, 1837.

impermeabilizar ciertas telas.³⁹ También se destacan otros artículos como espejos de distintos tamaños, cortaplumas y navajas.

Otros artículos de higiene personal tasados hacia la segunda mitad del siglo XIX son las escupideras, las palanganas y los lavatorios. En 10 negocios se vendieron escupideras, con o sin tapa, de lata, latón o loza. Las palanganas, charoladas o de loza, se usaban para lavarse y afeitarse, lavatorios de lata, hierro o loza y los lebrillos para la higiene personal o bien para la de la casa.

Una vez más podemos asegurar la diversidad sobre usos y costumbres de los habitantes rurales.

Conclusiones

Teniendo en cuenta la naturaleza de los comercios minoristas rurales, hemos podido reconstruir, con la ayuda de los inventarios y tasaciones, una realidad bastante alejada de aquella que los consideraba meramente como proveedores de las necesidades básicas de la población de la campaña bonaerense, población vista, por otra parte, como de corta necesidades y sin ningún refinamiento debido al entorno en el que se encontraba.

Después de la revolución, las telas más baratas importadas de Gran Bretaña tuvieron más aceptación, y tanto en Buenos Aires como su campaña se vieron inundadas de los productos ingleses. Pero la producción local no es desplazada totalmente de los negocios. Al principio los artículos de manufactura local son más baratos que los importados. Podemos suponer que en la campaña la moda pesa menos que en la ciudad de Buenos Aires. Hacia mediados de siglo se invierte la situación, los artículos extranjeros son más económicos y están ampliamente aceptados, pero la producción local sigue estando vigente.

En casi todos los rubros analizados para esta ponencia es relevante la gran cantidad y variedad de artículos, de distinta calidad, precios y procedencia. Esto indica que el mercado consumidor era también variado, no sólo por su poder adquisitivo sino también por sus gustos y elecciones.

A partir de 1850 aproximadamente se empiezan a vender artículos (prendas y calzados) confeccionados -exclusivamente- para mujeres y niños. Advertimos que ambos comienzan a ser importantes dentro del mercado consumidor.

³⁹ Benarós, León, "Las boticas de antaño", en: *Todo es Historia*, N° 33, enero 1970, p. 29.

No todos los habitantes de la campaña se destacaron por su aspecto desaliñado y sucio. La abundancia de artículos de limpieza como jabones, colonia - a principios de siglo -aceites, palanganas y hasta escupideras –a partir de 1850 aproximadamente nos hace suponer que algunos campesinos se preocuparon por mantener su higiene personal e íntima.

La sorprendente variedad de mercancías y la naturaleza de algunos de los productos nos hacen pensar en una estructura de consumo de la población rural mucho más rica y compleja de lo que se suponía; como así también nos invita a replantearnos muchas cuestiones relacionadas con los usos y costumbres de aquellos habitantes.

Bibliografía

APPADURAI, A., *La vida social de las cosas, Perspectiva cultural de las mercancías*. México, Grijalbo, 1991.

ARNOLD, S., *Viaje por América del Sud, 1847-1848*, Buenos Aires, Emecé, 1951.

AZARA, F. *Viajes por la América meridional*, Madrid, Espasa Calpe, 1923.

BAUER, A., *Somos lo que compramos, Historia de la cultura material en América Latina*, México, Taurus, 2002.

BEAUMONT, J., *Viajes por Buenos Aires, Entre Ríos y la Banda Oriental*, Buenos Aires, Ateneo, 1935.

BENAROS, L., Las boticas de antaño, en: *Todo es Historia*, N° 33, enero 1970.

BOSSIO J., *Historia de las pulperías*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1970.

CARRETERO, A., *Vida cotidiana en Buenos Aires. I –Desde la Revolución de Mayo hasta la organización nacional (1810-1864)*, Buenos Aires, Planeta, 2000.

CICERCHIA, R., *Historia de la vida privada en la Argentina*, Buenos Aires, Troquel, 1998.

ESSEX VIDAL, E., *Picturesque Illustrations of Buenos Aires and Montevideo, consisting of twenty-four views; accompanied with descriptions of the scenery and the costumes; manners and the habitants of those cities and their environs*, Londres, 1820, reimpresso en Buenos Aires, Viau, 1943.

FERNANDEZ BRAVO, A., *Literatura y frontera. Procesos de territorialización en las culturas argentina y chilena del siglo XIX*, Buenos Aires, Sudamericana, 1994.

GARAVAGLIA, J.C., De la carne al cuero; los mercados para los productos pecuarios. Buenos Aires y su campaña, 1700-1825, en *Anuario IEHS*, 9, 1994.

GELMAN, J., El mundo rural en transición, en: Noemí Goldman (Dir.) *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

-----, Los caminos del mercado; campesinos, estancias y pulperos en una región del Río de la Plata colonial, en: *Latin American Research Review*, XXVIII, 2, 1993.

GONZÁLEZ BERNAUDO, P., Las pulperías de Buenos Aires; historia de una expresión de sociabilidad popular, en: *Siglo XXI, Revista de Historia*, México, Instituto Mora, 1993.

GRAHAM, C., *Relatos del tiempo viejo*, Buenos Aires, Editorial Peuser, 1955.

HALPERIN DONGHI, T., *Revolución y guerra*, México, Siglo XXI, 1979.

MAC CANN, W., *Viaje a caballo por las provincias argentinas*, Buenos Aires, Hyspamérica, 1985.

MAYO, C. (dir.), *Estancia y sociedad en la pampa, 1740-1820*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

-----, *Juego, Estado y Sociedad en Buenos Aires (1730-1830)*, La Plata, Universidad Nacional de La Plata, 1998.

-----, *Pulperos y pulperías de Buenos Aires (1740-1830)*, Buenos Aires, Biblos, 2000.

-----, *Vivir en la frontera (1770-1870)*, Buenos Aires, Biblos, 2001.

MIERS, J., *Viaje al Plata, 1819-1824*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1968.

PORRO, ASTIZ & ROSPIDE, *Aspectos de la vida cotidiana en el Buenos Aires virreinal*, Buenos Aires, Universidad de Buenos Aires, 1982.

PRIETO A., *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina, 1820-1850*, Buenos Aires, Sudamericana, 1996.

RODRIGUEZ MOLAS, R., *Historia social del gaucho*, Buenos Aires, Editorial Marú, 1968.

SALVATORE, R., Consolidación del régimen rosista (1835-1852) en: Noemi Goldman (dir.), *Nueva Historia Argentina. Revolución, República, Confederación (1806-1852)*, Buenos Aires, Sudamericana, 1999.

SANCHEZ, M., *Recuerdos del Buenos Aires Virreinal*, Buenos Aires, Emecé, 1962.

SLATTA, R., Pulperías and contrabans. Capitalism in Nineteenth century, Buenos Aires Province”, en *The Americas*, XXXVIII, febrero de 1982.

WILDE, J.A., *Buenos Aires desde setenta años atrás*, Buenos Aires, Biblioteca de “La Nación”, 1908.